

El movimiento estudiantil

RICARDO JEREZ AMADOR DE LOS RÍOS

L

A historia española no ha conocido, en el ámbito educativo una ebullición procedente de la base estudiantil como la que vivimos en los días que corren. Dicha ebullición lleva en sí misma un dinamismo que la hace cambiar de aspecto día a día y que dificulta cualquier intento de análisis profundo. Pero, al menos en apariencia, como las raíces del movimiento son muy profundas, se hace necesario considerar y valorar muy diferentes niveles de reivindicación, entre los cuales el puramente académico es uno más y no el más importante. Viene esta afirmación a cuento si tenemos en consideración que el MEC ha sido hasta el día de hoy el interlocutor, por cierto, bastante paternalista, incapaz de todo punto de llenar la tremenda insatisfacción juvenil con sus argumentos tecnicistas y presupuestarios.

La primera característica que aparece como «rara avis» es el hecho de la espontaneidad del movimiento. Espontaneidad que no deja de admirar al propio diario «El País», cuando afirma en un editorial específico *«que es un movimiento tan espontáneo que ha sorprendido tanto al Gobierno como a las organizaciones extraparlamentarias, que durante años habían intentado movilizar sin éxito a los estudiantes»*.

Otra característica de máxima importancia es la «corta edad» del propio movimiento. Tres meses escasos avalan un poder de convocatoria tremendo, lo cual nos hace pensar que un metabolismo tan acelerado tendría, en principio, que quemar con rapidez las iniciales fuerzas y la personalidad de los líderes.

Por último, diríamos que si bien algunos de los dirigentes aparecen con adscripción política (los hay trostkistas y socialistas reconocidos), **el movimiento «pasa» de política** y enfoca a todo ritmo unos objetivos asumibles por casi todos los jóvenes.



Hablando de puntos de mira, la Universidad parece ser el más importante, y digo que parece porque analizando el resto de las reivindicaciones expresas hay alguna de ellas que crece en importancia, pues creen los estudiantes que tiene una mayor posibilidad de realizarse. Dentro del ámbito Universidad, selectividad y numerus clausus son los dos temas estrella. Aquí, la sensación de ser un algo con lo que se experimenta se respira reivindicativamente hablando. Se experimenta con el alumno en EGB, lo cual crea anticuerpos en el alumno contra el sistema educativo. Se experimenta con él en el BUP (y es curioso notar cómo paralelamente al BUP normal hay otro BUP experimental), más creación de anticuerpos. Y tras cuatro años, el alumno cambia de experimentador que le selecciona e incluso, en algunos casos, llega a adscribirle a estudios lejanos a su voluntad. Ciertamente, el alumnado llega a quedar asqueado de la Universidad, pero esto ha venido pasando durante largo tiempo sin causar efectos como los actuales. ¿Ha cambiado entonces la Universidad o han cambiado los alumnos?, o ¿es que la falta de sensibilidad política, de no querer entender al sistema educativo como un todo integral, ha causado descompensaciones ahora irremediables?

Desde el año 1977 hasta hoy ha crecido exponencialmente la oferta educativa, en EGB por obligación constitucional y en BUP por condicionamiento de pensamiento y oferta política. Todo ello unido al abandono de la FP, que parece pertenecer al mundo de las realidades metafísicas por su falta de correspondencia con la realidad.

De lo anterior se deduce una consecuencia: una gran cantidad de estudiantes procedentes de la EGB, algunos por deseo, otros por falta de orientación y otros como cuestión ocupacional, estudian Bachillerato. Pero, ¿para qué sirve el Bachillerato?: para hacer una carrera universitaria. Luego si el número es mayor que las necesidades de la sociedad (o mejor de las ofertas, no olvidemos que hay 30.000 médicos en paro y que no descende el número de enfermos) y de las posibilidades físicas y presupuestarias de la Universidad, debemos concluir que hay una descompensación y que el Bachillerato acaba siendo simplemente una frustración para quienes son rechazados.

A ello hay que unir otras reivindicaciones de tipo económico que son las que declaran la base de la desesperación. Si no hay profesiones, se dicen los estudiantes, hagamos del estudio una profesión, pero una profesión retribuida. De esta forma se reivindica una «compensación económica del salario mínimo interprofesional para los universitarios que pertenecan a familias con renta inferior a 150.000 pesetas mensuales», y paralelamente una disminución de las tasas académicas.

Por otra parte, se pide un aumento de los presupuestos para la enseñanza pública, seguramente olvidando de forma consciente la enseñanza privada, y fundamentalmente la FP, que es un nivel subvencionado.

Podríamos estar largo tiempo analizando con más pro-

fundidad las reivindicaciones, pero creemos más importante diseñar unas conclusiones, es decir, pensar en voz alta sobre el tema en cuestión.

La primera idea que aparece es que la juventud está pagando a la sociedad española con la misma moneda con que ésta le paga todos los días. A este respecto me viene a la mente aquella vieja frase latina utilizada escolarmente: «Sócrates damnatus est qui juventutem corrumpibat.» ¿Qué le está dando la sociedad a los jóvenes? Indiferencia ante sus problemas de adaptación y de cultura, ignorancia de sus aspiraciones laborales, consumismo en dosis cada vez más grandes, marginación y una existencial ausencia de valores. No es extraño pues que la juventud responda con los mismos argumentos: ante la indiferencia, ruido; ante la ignorancia, publicidad; ante el consumismo, reivindicaciones económicas, y ante la ausencia de valores, desprecio. Si unimos a la falta de confianza en la sociedad de los adultos (Informe de la Fundación Sta. María), la frustración y el deseo de no ser manipulados obtendremos como resultado a una juventud perpleja ante su futuro, y por lo tanto, lo suficientemente desesperanzada.

La frustración es hoy en día algo corriente y se hereda con facilidad, habida cuenta de que existe un caldo de cultivo ideal. Cuántas veces oímos decir: «Estudiar, ¿para qué?» Quizá para engrosar las filas del paro o para acabar ejerciendo de bombero con el título de ingeniero.

Lógicamente queda también a la vista el problema de la interlocución. ¿Es el Ministerio de Educación quien tiene que hablar con estos jóvenes?, ¿es el Ministerio de Hacienda?, o ¿el presidente del Gobierno? Qué más da. Mientras la sociedad no reflexione, no se sienta responsable y no cree alternativas válidas para todos sus miembros a la luz de unos valores tales como la solidaridad, la justicia social y la igualdad de oportunidades, cualquier interlocutor es inútil, y creará cada vez mayor imagen de manipulación. Las respuestas serán técnicas, seguro que de buen juicio político y las sonrisas muy televisivas. Pero la sociedad se sonríe porque ha aplazado un problema más.

Muchas veces se dice que «quien siembra vientos cosecha tempestades»; se trataron problemas básicos de la sociedad y la juventud, y la educación es uno de ellos, con tratamientos y demagogias de choque. Se dijo: exigimos enseñanza para todos y ahora esos todos exigen la carta de ciudadanía, su oportunidad para ser, para producir, para realizarse.

Por último, y no sólo para dulcificar el negro tono de lo expuesto sino como colofón positivo, **conviene poner el acento en la vitalidad de esta juventud.** Quiere ir sola a la manifestación, quiere hacer sus reivindicaciones desde su experiencia, **no quiere paternalismo**, quiere demostrar hasta dónde se puede confiar en ella. Su capacidad de organización y de convocatoria es envidiable. Sólo hace falta que esta sociedad de ruidos escuche e interprete, lea los signos de los tiempos y aproveche esta vitalidad para cambiar.